



Alfonso Sastre

Teoría y técnica del «Teatro de Agitación»

El «Teatro de Agitación» era no sólo necesario, sino urgente, y por eso se ha manifestado. Precisamente a esta pregunta «¿por qué surge el «Teatro de Agitación» y con qué sentido?», pretendo contestar enunciando una teoría. A preguntas sobre organización, fases, ocasión y medios concretos de trabajo, respondo con una técnica.

El «Teatro de Agitación» no surge por una razón -o sinrazón- de arbitrariedad, sino por una razón histórica. Al «teatro del proletariado» que ocupó los escenarios españoles a raíz de nuestra guerra -burdo teatro de melodrama y de juguete cómico que compartía el poder teatral con la revista musical de viejo estilo y pésimo gusto, y al que vino a incorporarse triunfalmente el «folklore»- está sucediendo lo que yo he llamado un «teatro de derechas», también con su precisa razón histórica: significa la acomodación y la consolidación en España de una burguesía materialista, conservadora, inerte y egoísta. Este «teatro de derechas», discreto, correcto, amable -teatro sin conflicto, sin drama, sin preocupación- es un «teatro para la burguesía», pero no se puede decir, en un sentido estricto, que sea un «teatro de la burguesía», pues participan en su elaboración, como ya en otro artículo he mostrado, hombres procedentes de todas las posturas; revolucionarios que cuelgan del ropero en el vestíbulo su ímpetu de combate y de protesta, para acomodarse plácidamente en una butaca del saloncillo, ciegos a las posibilidades de

proyección social del teatro, egoístas o simplemente imbéciles. En realidad, lo que está ocurriendo en el teatro no puede extrañarnos. La vida española actual se caracteriza por una general actitud de inhibición, como si se la presidiera un *laissez faire*, *laissez passer*, cobarde y suicida. A esto se le puede llamar pereza, indolencia o modorra. Yo lo denomino por relación al término a que desemboca: inhibición. Acotando una menguada zona de la vida española -la vida teatral- advertimos que participa de esa general actitud de inhibición por ignorancia, sueño culpable de los escritores de teatro, o estupidez generalizada, epidémica. Nuestro teatro, traicionando las grandes posibilidades de proyección social que tiene como «representación ante un público», se inhibe de la realidad social, de la vida política, de los angustiosos problemas de la vida española. Funciona al margen, sirviendo a una minoría acomodada ayudando a su juego de silencio y de mala fe. Ni un solo escritor de teatro se quema en la tarea de despertarnos, de agitar la vida española, de provocar un examen de conciencia de nuestra burguesía, y ya en un dominio puramente teatral, de renovar las formas teatrales, de encontrar el preciso pulso teatral de nuestros tiempos, de llevar el «drama» al escenario y cargar con sus consecuencias. En este panorama, los «teatros de ensayo» -en vez de servir a la agitación teatral en este doble sentido- limitan su acción a la más vergonzosa servidumbre a la burguesía y al teatro extranjero. En suma, cursilería y esnobismo. Asistimos, desde nuestra guerra, a un «teatro de inhibición», pues la inhibición no es un pecado traído por el «teatro de derechas», por el «teatro para la burguesía». El «teatro del proletariado» se caracterizaba también y sigue caracterizándose, pues coexiste con el nuevo teatro, por su inhibición tanto de lo social, de lo político, como de lo estrictamente teatral, dramático, técnico, o sea: de la problemática contemporánea del teatro como tal. Porque, a decir verdad, tampoco es éste un «teatro del proletariado» en su noble y estricto sentido, sino un «teatro para el proletariado» creado por escritores burgueses; bazofia teatral para el obrero, halago torpe a los grupos poco cultos. Esta odiosa ofensiva de embrutecimiento del pueblo merecía, ante este otro «teatro de halago», que es el denominado por mí «para la burguesía». Estamos, pues, en todo momento, ante un teatro oportunista, es decir, ante un teatro poco respetable, cuyos hombres son merecedores del insulto, de la bofetada y del juego.

En este panorama surge, como posibilidad concreta y salvadora, el «Teatro de Agitación». Es la única postura honrada, aunque los prudentes traten de salvarnos, desviándonos de este rumbo. Personalmente estoy ya en esta postura hasta que se me reduzca a silencio o haga saltar este orden teatral en mil pedazos. No trato de ganar amigos -veo con cierta melancolía que los pocos que tengo en el teatro se me irán yendo- sino de decir la verdad y actuar honradamente. (A esto creo que se le suele llamar «jugárselo todo a una carta».)

El «Teatro de Agitación» tiene un doble sentido: teatro de agitación espiritual y política, y teatro de agitación teatral.

Para ello hay que ir hacia la creación de un teatro popular, de un teatro casi de «entrada libre». Este teatro no puede servir a una agitación de tipo comunista. He empleado hasta ahora una terminología que me parece

bastante exacta, aunque prestada, al hablar de «proletariado» y de «burguesía», pero la agitación espiritual a que me refiero no ha de tener como objetivo último una criminal lucha de clases. No se trata de lanzar, desde el teatro, al proletariado contra esa odiosa burguesía, sino de provocar una agitación de conciencias en el seno de cada «clase», que una a los españoles en un cauce de común preocupación social. Incorporo, pues, a agitación el sentido que pudo darle Unamuno cuando decía: «Hay que agitar los espíritus». Se trata, en suma, de una tarea de «agitación cristiana», lo que sólo a un idiota puede sonar extrañamente, pues vivimos, amigos, en la Era de Quien dijo: «No he venido a traer la paz». El «Teatro de Agitación» servirá al ímpetu de renovación o purificación de las formas teatrales, de hallazgos de la técnica teatral propia de nuestro tiempo, de institución definitiva del «drama» en los escenarios... En este dominio, cada escritor traiga su mensaje. (¿He de decir que el mío, por ejemplo, se llama realismo profundizado?).

Con este doble sentido nace el «Teatro de Agitación». El teatro supera la propia preocupación de salvarse a sí mismo para, sin abandonar esta preocupación, aprovechar sus posibilidades de proyección social -a que ya me he referido- haciéndose político, sirviendo a la agitación espiritual de la vida española, rechazando con entera brusquedad toda forma de teatro de inhibición. Esta es la nota negativa del teatro de agitación «antiinhibición». Esta es también la primera novedad de este teatro que se manifiesta, así, de un modo absolutamente original y sin precedentes. De llegar a este punto se me ocurre pensar que quizá alguien pretenda disculpar su inhibición con la palabra mágica «censura». Yo pediría a quien hable así que me enseñara su libreto acompañado de la prohibición de censura. Mientras tanto, vivimos en el reino de la suposición. Yo voy a realizar la experiencia. He de decir que, hasta ahora, estoy expresándome con entera libertad. Pero es que, aun en el caso de una rígida censura, el escritor de teatro no está redimido de su cuidado propiamente dramático, y la verdad es que el escritor español de teatro vive inhibido de los problemas contemporáneos de su «arte».

¿Cómo va a actuar el «Teatro de Agitación»? Su organización no apunta a una burocracia, sino al establecimiento de una «conciencia», que hay que despertar, entre los hombres de teatro -tanto entre los escritores como entre los farsantes y espectadores-, y su tarea se desarrollará en dos fases. La fase inmediata es puramente destructiva: de protesta y castigo. Esta fase subsistirá a la aparición de la segunda: representaciones de teatro popular a dos reales butaca, a cargo de los teatros que lleguen a formar en este frente teatral, y a una «Revista del Teatro de Agitación». Este teatro está a cargo de todos; participan en él tanto el que protesta adecuadamente en un estreno como el que estrena una obra importante, la representa o escribe un artículo en un periódico arremetiendo contra algo injusto o jugándose todo a una carta justa. La protesta ha de llevar el sello del «Teatro de Agitación», es decir, va a ser una protesta con estilo, con sentido. La ocasión de la primera fase serán los estrenos y las conferencias sobre teatro especialmente. La ocasión de la segunda fase llegará al amparo de una favorable circunstancia económica. Cada fase irá impregnada del doble sentido del «Teatro de Agitación». Protestaremos tanto el teatro de inhibición social como el teatro sin

inquietud dramática -ya he mostrado que todo puede reducirse a una sola y fundamental inhibición-, y este mismo doble sentido informará nuestro teatro positivo. Un teatro sin repertorio, sin información extranjera: absolutamente nacido del misterio. Un teatro-testigo.

Respecto a concretos medios de actuación, adelanto para la primera fase la organización de una «anticlaque» -la «claque» no tiene sentido en un teatro honrado- y la formación de «grupos de protesta y de castigo». Este es, a grandes rasgos, el «Teatro de Agitación», a cargo -por ahora- de un reducido grupo de escritores que trataremos de despertar este espíritu en todos los demonios de la cultura española. ¿Habrá alguien, por ahí, capaz de llevar este impulso a la pintura, a la literatura, a la música? Bajo esta consigna: una pintura de agitación, una música de agitación, una literatura de agitación. Dios dirá, y nosotros.

2009 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario